



# CONTRIBUCIONES PARA UNA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICO-LIBIDINAL

**AUTOR**

**Emiliano Exposto y Gabriel Rodríguez Varela**

Universidad de Buenos Aires / Universidad de los trabajadores

**Cómo citar este artículo:**

Exposto, E. y Rodríguez Varela G. (2019). Contribuciones para una crítica de la economía político-libidinal. *Revista Diferencias*, N. 9, pp. 75-88.

**Artículo**

Recibido 21/11/2019

Aprobado 10/12/2019

## **RESUMEN**

El ensayo examina la relación inmanente entre deseo inconsciente y valor en la sociedad productora de mercancías. La hipótesis es la siguiente: el valor es el sujeto del trabajo inconsciente del deseo en el capitalismo. Es en ese marco que se formula la categoría crítica deseo del Valor. La cual, entendida como proceso relacional específicamente moderno, refiere a la dinámica inconsciente de la producción social alienada a la forma abstracta del capital.

**PALABRAS CLAVES:** **PSICOANÁLISIS; MARXISMO; ESQUIZOANÁLISIS; DESEO; VALOR.**

## **ABSTRACT**

The essay examines the immanent relationship between unconscious desire and value in the commodity-producing society. The hypothesis is as follows: value is the subject of the unconscious work of desire in capitalism. It is within that framework that the critical desire category of Value is formulated. Which, understood as a specifically modern relational process, refers to the unconscious dynamics of social production alienated from the abstract form of capital.

**KEYWORDS:** **PSYCHOANALYSIS; MARXISM; SCHIZOANALYS; DESIRE; VALUE.**

## 1. INTRODUCCIÓN

En el marco de la crisis del marxismo y del psicoanálisis hegemónico, comprendidos como teorías críticas de la modernidad indisociables de ciertas prácticas de transformación, con este texto pretendemos contribuir a una re-construcción intergeneracional de la crítica radical del estado de cosas y el estado de signos actualmente existentes. Con el objetivo general de explorar una *orientación clínica de la crítica* y una *orientación crítica de la clínica* en la intersección política del archivo marxista y el archivo psicoanalítico, el objetivo específico consiste en elaborar algunos lineamientos teóricos mínimos para la composición de una crítica de la economía político-libidinal del capital. En ese sentido exploramos algunas coordenadas teóricas sobre el problema de la dominación impersonal por abstracción en el capitalismo desde el punto de vista de una crítica sobre la *servidumbre involuntaria al valor* (reverso históricamente específico que se asienta sobre y re-funcionaliza la servidumbre de sí de larga duración analizada, por ejemplo, por Michel Foucault en sus últimos trabajos). En este texto no realizamos una exegesis centrada en autores, sino más bien un uso político de los mismos. Recurriremos, en lo principal, a la denominada crítica marxista del valor y al encuentro entre los campos de problemas del psicoanálisis lacaniano y el esquizoanálisis deleuziano-guattariano.

Nuestro punto de partida es que la dominación moderna involucrada en el sujeto-capital radica en su *abstracción dialéctica*: “que la abstracción formalice una lógica de dominación sostenida en relaciones de producción sociales (es decir, globales) implica que no atañe sólo a lo económico, sino también a la producción inmanente de la sociedad como tal” (Acha, 2018: 60). El problema de la servidumbre involuntaria converge, argumentaremos, con el problema del carácter inconsciente de la dominación abstracta históricamente singular del capital.

## 2. DELIMITACIÓN DEL PROBLEMA

“No hay y no ha habido nunca más que una economía. La misma economía es, fundamentalmente y desde el inicio, a la vez deseante o libidinal y política” (Deleuze, 2005: 224). Es necesario para cualquiera práctica anti-capitalista realizar una *crítica materialista, inmanente y radical* contra el “deseo del capital” (Lyotard, 1990: 127). Resulta indispensable, para examinar la servidumbre a la dominación, interferir “nuestra inserción en el nivel del deseo en la picadora de carne del capitalismo” (Fisher, 2017: 38). En la materialidad del deseo se objetivan las fuerzas productivas y las riquezas materiales-libidinales generales resultantes de la producción global. El deseo no es “súper-estructural”, sino que constituye la “infra-estructura” hacia el interior a la cual se suscita la ser-

vidumbre a la dominación. Conforman un proceso relacional de producción social que dinamiza el metabolismo inconsciente del capitalismo. En *La Moneda viviente* (2011), Pierre Klossowski muestra la relación inmanente entre deseo y valor en la sociedad burguesa: “el carácter propiamente mercantil de la vida pulsional de los individuos” (12). El deseo, antes que remitir a contenidos ideológicos (pre-concientes), o representaciones objetuales y/o personalógicas (concientes), refiere a la organización de las relaciones entre las fuerzas de trabajo semiótico-libidinal en la *producción de producción* (inconsciente). Es preciso explicitar que “el deseo pertenece al orden de la producción, toda producción es a la vez deseante y social” (Deleuze y Guattari, 2010: 306), puesto que “la producción social es la producción deseante misma en condiciones determinadas” (2010: 354).

“Parafraseando a Freud se podría decir que el valor es el inconsciente del sistema capitalista” (Del Barco, 2018: 36). El capital no es sólo la imposición de los intereses de la clase burguesa (explotadora) por sobre la clase proletaria (explotada), sino una relación social tendencialmente totalista que es la *forma histórica* del metabolismo inconsciente de la sociedad. Si bien el capitalismo, como orden cambiante y finito socialmente institucionalizado (Fraser), supone el establecimiento de ciertos límites históricos que disocian la producción social masculinizada de mercancías y la reproducción social feminizada de las vidas, la sociedad humana de la naturaleza no-humana, lo estrictamente económico y su condición política de posibilidad, la explotación y la expropiación colonial-imperialista de comunidades, etc., entendemos que el *Sujeto dominante de la totalidad* es el capital social global. Aunque tales “esferas de no valor” oficien como condición de posibilidad histórica y trasfondo de la “esfera del valor”, como argumenta Roswitha Scholz en su análisis del patriarcado productor de mercancías, sostenemos que la *lógica polimórfica del capital* es aquella que articula de manera inmanente, transversal y no cerrada las dinámicas plurales de la sociedad burguesa, en la medida en las mismas relaciones sociales capitalistas producen la diferencia pero bajo la subordinación tendencial de las mismas en el proceso equivalencial de valorización del valor. Incluso la plurificación de sujetos, modos de vida, valores de uso y conflictos sociales es la otra cara de la unificación transversal de la sociedad en las tendencias contradictorias del capital.

El carácter anónimo, compulsivo y ciego del metabolismo social capitalista se caracteriza, según Moishe Postone en *Tiempo, trabajo y dominación social* (2006), por ser una dinámica históricamente específica autonomizada y cuasi-automática que opera de espaldas a la consciencia de los *sujetos de la acción/pasión* que lo producen en sus prácticas concretas. La crítica del capitalismo centrada en la lucha de clases, en la propiedad privada y oficiada desde el punto de vista del trabajo, sin dejar de ser importantes, se reformulan desde el punto de vista de una crítica radical de la eficacia históricamente inconsciente que adquiere las categorías la

mercancía, el dinero, el valor y el trabajo como *formas de mediación social* elemental.

El retroceso de las formas tradicionales de dominación personal y los modos pre-capitalistas de coacción inmediata (donde se conjetura una convergencia entre sujeción política y económica), en favor de las modernas formas de dominación impersonal e interdependencia social, es concomitante al nacimiento histórico de la *conciencia libre* del productor independiente de mercancías como forma concreta de la enajenación al capital, según el decir de Juan Iñigo Carrera. La libertad, como práctica concreta y relación social, es posibilitada por ese retroceso tendencial de los modos dependencia personal y subordinación directa (con excepciones atravesadas por la edad, las capacidades cognitivas, etc.). En ese marco, señalamos que las formas capitalistas de dominación no se caracterizan por una *servidumbre voluntaria, concienzosa y personal*, sino por el carácter *involuntario y universal* de su eficacia inconsciente. Es allí que el problema del deseo adquiere importancia. Pues el proceso histórico que suscita la clásica “servidumbre voluntaria” podría ubicarse como una obligación a servir (momento-de la Boétie), un hábito de servir (momento-Spinoza) y un querer servir (momento-Reich). Pero el problema de la “servidumbre voluntaria” se desmonta en sus propios supuestos con la tendencial universalización del *capital como sujeto de lo inconsciente* que subtiende, por señalar algunas hipótesis tradicionales, al “sujeto de la ciencia” (Lacan), al “sujeto del cogito” (Freud) y al “sujeto agrietado del individualismo burgués” (Rozitchner).

Tanto la concepción subjetivista del inconsciente como huellas mnémicas inscriptas en el interior del aparato psíquico desde el nacimiento y la primera infancia (Freud); como también la concepción estructuralista del inconsciente estructurado como un lenguaje constituido por significantes como discurso del Otro (Lacan); extravían la dialéctica objetivo-subjetiva del capital como determinación inconsciente fundamental en la modernidad. La lógica material del capital es inconsciente en la medida en que se sustrae a toda voluntad teleológica o intención individual; tiende a operar de espaldas a la deliberación colectiva que busca guiar sus desarrollos semovientes. Siendo lo inconsciente una *máquina abstracta* (impersonal, casi-automática y autonomizada) que no está dada, sino que se produce cada vez en situaciones concretas y complejas bajo procesos heterogéneos y dominancias particulares.

Es por eso que la forma del valor es necesariamente “la base de una sociedad inconsciente que no tiene control sobre sí misma y sigue los automatismos que ella misma ha creado sin saberlo” (Jappe, 2016: 83). Así las cosas, las tradicionales premisas (subjetivista) de concesión, consenso, incluso compromiso del dominado con aquello que lo domina, necesitan ser desplazados por una crítica de los mecanismos decididamente objetivos de la servidumbre inconsciente. La presunta paradoja del dominado, en este sentido, redundará en una responsabilización unilateral del sujeto de

la acción/pasión como voluntariosa sumisión conciente a la dominación capitalista. La cuestión de lo involuntario en la servidumbre resalta, justamente, el carácter inconsciente de la producción deseante y semiótica de la dominación. Enfocando tanto la imposibilidad de no verse implicados, en cada caso y en general, en su re-producción social, como también acentuado su necesaria politización (individual y colectiva). Al respecto, escribe Frédéric Lordon en *Capitalismo, deseo y servidumbre* (2015):

Todo el pensamiento individualista-subjetivista, construido en torno de la idea de voluntad libre como control soberano sobre sí, rechaza en bloque y con sus últimas fuerzas este veredicto de heteronomía radical. Es precisamente este rechazo lo que se expresa, por anticipación en La Boétie, por cuasi-incorporación en los contemporáneos, en la idea de servidumbre voluntaria, puesto que la fuerza de la coacción dura de la sumisión física, uno solo podría dejar atarse habiendo ‘querido’ en más o en menos – y aunque este querer esté condenado a seguir siendo un misterio. Contra esta aporía irresoluble, Spinoza propone un mecanismo de alienación totalmente distinto: las verdaderas cadenas son las de nuestros afectos y nuestros deseos. La servidumbre voluntaria no existe. Solo hay servidumbre involuntaria; pero es universal (2015: 37).

El descentramiento radical de la conciencia libre que Lordon ubica en Spinoza, lo podríamos hacer co-extensible a la opacidad de la lógica del capital como relación social estructurada y estructurada por prácticas concretas que tienden a independizarse y socavar sus mismas bases materiales. La dominación ciega bajo las *abstracciones sociales capitalistas*, como bien señala Omar Acha en *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo* (2018), es bifacética: objetiva y subjetiva, equivalencial y diferencial, abstracta y concreta, unidimensional y multidimensional. De modo que no se impone a los particulares “conductistamente” sino que es producida *activamente* por los mismos, pero más allá de la voluntad de los actores particulares, los anhelos pre-concientes de los agentes colectivos, o los intereses de las clases sociales. La dinámica contradictoria del valor se expresa tanto como *positividad-diferencial* (contingencia) como también en tanto que *negatividad-equivalencial* (necesidad). No se resume a ser un modo homogeneizante de producción de objetos. Expresa también una máquina heterogénica de subjetivación donde tales objetos encuentran sus posibilidades de realización. Los “sistemas de valores” (éticos, culturales, políticos, de reproducción social, etc.) están en contradicción con el valor propiamente capitalista en sentido mercantil, pero ambos son inmanentes a la producción de producción de las relaciones sociales bifacéticas.

Las formas de mediación específicamente capitalista, es decir las abstracciones sociales o *categorías reales del capital* (valor, mercancía, etc.), son las dueñas anónimas de

la vida social puesto que las mismas se independizan como un mecanismo ciego y autotelico en el cual se condensa el antagonismo político y los conflictos sociales de la lucha de clases. Tales categorías se producen y reproducen en la inmanencia de aquellas relaciones sociales concretas que asimismo las dinamizan. Tales formas límites de las relaciones existen antes de toda distinción entre economía, política, cultura, subjetivación, etc., englobando con ello a todos los miembros de la sociedad de la mercancía. Ahora bien, esa totalidad social es inconsistente (contradicción) y potencialmente conflictiva, de modo que no aplasta meramente a los individuos sino que estos la reproducen activamente. Resulta imposible, en el sentido lacaniano de lo real como imposible lógico, que las relaciones sociales capitalistas (formas de mediación y categorías de objetivación y subjetivación) no se resistan a toda mediación simbólica e imaginaria. De modo que es *objetivamente imposible* eludir su eficacia inconsciente en las prácticas concretas de igual manera que es *lógicamente imposible* que se desarrollen plenamente por estar atravesadas por crisis regulares y coyunturas de luchas de clases.

En el marco general de una crítica de la servidumbre a la dominación, nuestra hipótesis es la siguiente: *el valor es el sujeto del trabajo inconsciente del deseo en el capitalismo*. En virtud de eso, formulamos la categoría crítica *deseo del Valor*. La cual, entendida como relación social, refiere a la dinámica y economía inconsciente de la producción. Dada la subsunción tendencial de las vidas, el trabajo del deseo se constituye al interior del valor como forma abstracta de la alienación. La dinámica de la valorización del valor “se le presenta al sujeto como vinculante y siempre-ya-dada (no se trata de una deformación ideológica, sino que es efectivamente ajena, enajenada), provee objetos de deseo nunca estabilizados y mediatiza la totalidad de la experiencia gracias al dinero” (Acha, 2018: 65). Si el capital es el “Sujeto Automático” (Marx), entonces el deseo es un *atributo productivo* del valor-que-se-valoriza. La plurificación del deseo en el capitalismo es la otra cara de la universalidad de la relación social denominada valor. La pregunta es menos qué es el deseo, sino cómo el capital se torna deseable: cómo se produce la forma inconsciente del *deseo de deseo del Capital*; cómo sucede que se desea aquello que va en contra de la propia voluntad o intereses conscientes. Si el valor es el sujeto del deseo entonces nosotros somos explotados como sus agentes de producción (a pesar de que no podríamos dejar de experimentarnos como sujetos de la acción/pasión en la vida cotidiana).

### 3. INCONSCIENTE CAPITALISTA

La reducción ontologicista y la reducción estructural constituyen dos facetas del *fetichismo epistemológico* que obtura el diálogo entre psicoanálisis y marxismo. La dinámica diferencial y la lógica equivalencial expresan la dualidad

de la mercancía. La tensión clásica dentro del marxismo entre el llamado polo “estructural-objetivista-economicista” y otro polo “voluntarista-subjetivista-politicista” materializa la dinámica bifacética del capitalismo. Esas oscilaciones manifiestan uno de los polos de la forma dual de la mercancía: reificación subjetivista u objetivista. Pero estructura y deseo, sistema y acción, historia y sujeto no son entidades estancas, sino relaciones internas de un mismo proceso históricamente determinado. El carácter bifacético de la abstracción social se manifiesta, por ejemplo, tanto en la versión clásica del psicoanálisis de orientación lacaniana (lógica del significativo) como también en la propuesta esquizoanalítica de las “multiplicidades de lo inconsciente” (dinámica maquinaica).

Lo inconsciente (¡nunca el inconsciente!) no es una cosa física, ni un reservorio psíquico de sustratos ni contenidos de cualquier tipo; no es individual ni colectivo; no es posible hallarlo Adentro ni Afuera (de allí lo infructuoso de pensar en términos de “interiorización de lo exterior” y “exteriorización de lo interior”); no está en el sujeto y, mucho menos, es un objeto; nada tiene que ver con una caldera profunda de pulsiones indomeñables para el influjo cultural. Lo inconsciente, antes que un dispositivo de poder, una formación discursiva, una práctica ética, o una episteme, es el proceso productivo que dinamiza y determina la forma histórica específica de organización dominante de la producción social, semiótica y deseante. Lo inconsciente, parafraseando a Juan Níño Carrera, es la forma abstracta de dominación impersonal de la conciencia libre como forma concreta de la enajenación al capital. Por eso señalamos que tanto el inconsciente individual (Freud), el inconsciente estructural (Lacan), el inconsciente colectivo (Jung), el inconsciente maquinaico (Deleuze y Guattari), el inconsciente comunicacional (psicología sistémica), el inconsciente social (Fromm), el inconsciente ideológico (Althusser), la alteridad inconsciente (Laplanche), el inconsciente político (Rozitchner), el inconsciente estético (Rancière), el inconsciente cognitivo (Gardner), o incluso la lucha de clases como el inconsciente del capitalismo (Jameson), y más etcéteras..., tienden a escotomizar la eficacia dominante de la lógica inconsciente del capital como Sujeto dominante.

Si Marx destaca la producción detrás de la circulación-consumo dividiendo el campo social en clases antagónicas irreconciliables, y las feministas develan la morada oculta de la reproducción social como condición de posibilidad de la producción de mercancías señalando el carácter desigualmente generizado de la misma y la jerárquica división sexual del trabajo, nosotros nos preguntamos por el *trabajo inconsciente* en la producción deseante y semiótica de lo social como producción de producción transversal a las relaciones de la producción y la reproducción, a la subjetivación y la objetivación, al intercambio y el consumo en la modernidad. La categoría crítica de lo *inconsciente capitalista* indica la historicidad de una *función de dominación impersonal por abstracción* que opera de espaldas a la voluntad consciente, al producirse como orden anónimo (simbolico y material)

de determinaciones objetivas (real) cuya eficacia subjetiva nos constituye (imaginario) como tal. Lo inconsciente capitalista es un proceso de producción diferencial-equivalencial y objetivo-subjetivo, constituido en las encrucijadas de las temporo-espacialidades específicamente capitalistas (valor, trabajo, etc.) y la re-funcionalización conflictiva de múltiples temporo-espacialidades.

El estatuto del inconsciente capitalista es *problemático*. Lo inconsciente, en tanto que capitalista, tiende a dialectizar cada vez y todas las veces, de modo contradictorio y potencialmente conflictivo, tanto multiplicidades espaciales (urbanas, ambientales, domésticas, comunitarias, arquitectónicas, cósmicas, no-humanas, etc.) como también multiplicidades temporales de larga duración (lenguaje, naturaleza, monoteísmo, patriarcado, dominación masculina, etc.), de mediana duración (colonialismo, racialismo, imperialismo, etc.), de corta duración (vectores tecnológicos, sexuales, culturales, técnicos, estéticos, psíquicos, políticos, afectivos, científicos, etarios, cognitivos, inter-subjetivos, artefactuales, etc.), funcionando lo inconsciente como la *unidad maquina de las múltiples determinaciones concretas*. No sostenemos un “modelo monocausal” de lo inconsciente, sino una multi-causalidad de la producción inconsciente, pero constituida y tendencialmente atravesada por las formas sociales de mediación abstracta capitalista. Como mínimo, el eje horizontal del inconsciente refiere al “estado de signos” (enunciación) y el eje vertical del inconsciente alude al “estado de cosas” (los cuerpos: sus pasiones y acciones en relaciones de fuerzas). Tales multiplicidades adquieren dominancias coyunturales conforme ciertos procesos históricos adquieren eficacia situacional, pero que resultan articulados de forma inmanente por la dinámica del capital.

#### 4. HIPÓTESIS REPRESIVA

Los efectos de la crítica a la Hipótesis Represiva formulada por Michel Foucault en la *Voluntad de saber* (1982) neutralizan la posibilidad de elaborar una crítica al sistema represión general-represión inherente al familiarismo burgués edipizante y al moderno patriarcado capitalista desde el punto de vista de una *ontología del deseo*. La escisión entre producción (trabajo productivo) y reproducción (trabajo reproductivo, trabajo afectivo y trabajo doméstico) es la condición histórica del edipismo analizado por el psicoanálisis clásico. Deleuze y Guattari buscan una comprensión del deseo que lo ubique como aquella producción de producción transversal a esas fronteras y “esferas” históricas. Por su parte, en el primer tomo de la *Historia de la sexualidad*, Foucault complejiza su noción positiva del poder en tanto ya no acentúa sólo el carácter normalizador (jurídico-discursivo) del mismo, sino que hace hincapié más bien en su historicidad constituyente (estratégico-productivo). Luego de esto, el desafío que enfrenta toda intersección entre economía libidinal y economía política estriba en repensar los fundamentos meta-teóricos

para la elaboración de otro *anudamiento* entre lógica dialéctica del capital y lógica de lo inconsciente. *Historia, Totalidad y Sujeto*, junto al problema de la forma y la abstracción social, conforman los campos problemáticos centrales que orientarían hoy en día una recomposición del diálogo crítico entre marxismo, psicoanálisis y esquizoanálisis.

En todo caso, se podrían resumir los obstáculos de la interlocución teórica entre tales tradiciones durante el siglo pasado en lo que denominados: a) *Obstáculos-Freud*: desde el psicoanálisis, el diálogo con la crítica de la economía política estuvo signado por una visión transhistorica, representacional, sustancialista, personalista, o irracionalista de lo inconsciente freudiano, remitiendo a un dualismo pulsional naturalista, una visión represiva de la cultura, un familiarismo patriarcal, una perspectiva des-historizada de la sexualidad y una energética reduccionista de la economía libidinal; y b) *Obstáculos-Marx*: desde el marxismo, el diálogo con la economía libidinal estuvo signado por una crítica al capitalismo desde el punto de vista de una ontología del trabajo, nucleada en una filosofía de la historia, un funcionalismo economicista, un sociología centrada en el conflicto utilitarista de los intereses de la clase, una antropología humanista de la conciencia, o en una teoría de la lucha de clases entendidas como sujetos sociales supra-históricos. Conjeturamos que el discurso freudiano y el marxiano, en cuya intersección se elabora la categoría crítica deseo del Valor, responden a un análisis radicalmente post-metafísico de la socialización capitalista. Marx y Freud elaboran teorías críticas post-fundacionales centradas en el escrutinio de dinámicas abstractivas de diversos tiempos y espacios que operan de manera impersonal de espaldas a la conciencia y constituyen a los sujetos (valor, lenguaje, monoteísmo, patriarcado, cultura, etc.), por lo que no permiten la postulación y el retorno a una realidad positiva, sustancial, orgánica, o prediluviana.

La categoría crítica deseo del Valor se dispone establecer *coordinadas post-foucaultianas* a los fines de explicar un “más allá de la crítica a la Hipótesis Represiva” (Scasserra, 2018). Se imputa así la perspectiva sostenida en una concepción pre-sistémica del deseo, la sexualidad, la energía hidráulica de la libido, o la parcialidad del quimismo pulsional, entendidos como resortes liberadores sustraídos de la precedencia histórica de lo social (“prioridad del objeto”, según Adorno). En ese sentido, si la apuesta teórico-política de *El Anti Edipo* se justificaba en gestar las condiciones de realización teóricas para el pasaje de una concepción representacional (idealista) de lo inconsciente hacia una categorización productiva (materialista), en la actualidad los desafíos al momento de relanzar el diálogo entre crítica de la economía política y crítica de la economía libidinal no son los mismos. Al contrario, el desafío teórico estriba en elaborar cifras de inteligibilidad que habiliten el pasaje de una concepción ontologicista (y des-historizante) de la producción deseante y semiótica hacia una *concepción históricamente específica* y *no represivista* de la misma. Sea en la comprensión de lo

inconsciente como agenciamiento colectivo en proceso de producción (*Mil Mesetas*); o en la comprensión diferencial de lo inconsciente como aquello que no conoce la negación dialéctica, la propiedad privada, la ley, la carencia, el binarismo, es decir las multiplicidades de lo inconsciente “huérfano, anarquista, ateo y transexual” (*El Anti Edipo*); Deleuze y Guattari ontologizan la inmanencia contingente del deseo extraviando con ello la materialidad (pluralismo ontogenético) y la historicidad (monismo histórico) de la producción del trabajo de lo inconsciente como modo de relación social que domina de forma abstracta las prácticas concretas, constituyendo a los sujetos al operar de espaldas a la voluntad de la conciencia libre del productor independiente de mercancías. La justa impugnación de la totalidad y la estructura en nombre de la diferencia y la multiplicidad, redundando en la fetichización de una de las facetas (diferencia y equivalencial) de la relación social capitalista. En fin, el *Obstáculo-Deleuze/Guattari* se explicita en que escamotean la especificidad de la materialidad del deseo conforme a su enajenación constituyente al capital y su alienación constitutiva al valor.

## 5. FALSO PARALELISMO

¿Elaboró Freud su concepción de las pulsiones y el inconsciente tomando como modelo la economía capitalista, y de forma más precisa el valor, esa cantidad sin cualidad, que puede pasar fácilmente de una forma a otra manteniéndose la misma? Sería un buen ejemplo del hecho de que incluso el inconsciente de Freud, sin que él se diera cuenta, fue conformado por las abstracciones reales y la síntesis social regulada por el valor y de que también las consideraba evidentes y naturales. (Jappe, 2019: 88).

La crítica de la economía libidinal no es menos objetiva que la crítica de la economía política; la crítica de la economía política no es menos subjetiva que la crítica de la economía libidinal. El diálogo teórico entre marxismo y psicoanálisis freudiano, en el siglo pasado, se encuentra corroído por un *falso paralelismo* entre economía del deseo y economía del trabajo. La hipótesis “deseo del Valor” se elabora a los efectos de eludir tanto el falso paralelismo como los obstáculos teóricos que detuvieron las conversaciones entre el archivo-Marx y el archivo-Freud. Por citas algunos ejemplos emblemáticos de estos obstáculos, referimos a los siguientes casos: a) la yuxtaposición nocional mecánica, propia de la “primera generación de la izquierda freudiana”; b) el paralelismo represivista, característico del freudo-marxismo de Reich; c) el sociologicismo sustancialista de la “segunda generación de la izquierda freudiana”, presente en Eric Fromm o Theodoro Adorno; d) el culturalismo historicista, inherente a las propuestas del marxismo-freudiano de Castoriadis o Marcuse; e) la ontologización represivista, implicada parcialmente en las elaboraciones de Lyotard, Bataille, Klossowski,

León Rozitchner, o Deleuze y Guattari. Por otro lado, si bien los diálogos inspirados en la herencia lacaniana (cimentados en hipótesis como la “homología”), sortean la crítica de la hipótesis represiva foucaultiana, no obstante no logran superar los *Obstáculos-Lacan* que se hacen presentes, parcialmente, en el paralelismo no represivista de la izquierda lacaniana y el (pos) marxismo lacaniano, formulado a grandes rasgos en términos de “homologías metafóricas” (Althusser), “equivalenciales estructurales” (Goux), “isomorfismos epistemológicos” (Balibar), “homologías metonímicas” (Žižek), “isodinamismos” (Jameson) y “homotopías” (Tomsic).

*El Anti-Edipo* despliega la tesis según la cual no hay dos economías, una política (Marx) y otra libidinal (Freud), sino una sola: un mismo proceso genérico de producción deseante y social. Deleuze y Guattari ponen de relieve lo siguiente: a) Ricardo en la economía política (burguesa) descubre que la fuente de toda riqueza se encuentra en la esencia abstracta de la producción del trabajo y no en la representación objetiva, pero luego vuelve a replegar la producción en el régimen de la propiedad privada; b) Freud descubre que la esencia abstracta de la producción deseante debe ser analizada en relación a la producción inconsciente y no en referencia a la representación personológica del objeto, sin embargo, el sesgo burgués de Freud lo conducen a coagular la producción libidinal en las condiciones de la propiedad privada del familiarismo edipizado. Atendiendo a esto, entendemos que el deseo no podría sino ser un proceso relacional de producción de producción allende el paralelismo entre interior-exterior, subjetivo-objetivo, yo-otro, realidad social-realidad psíquica, naturaleza-cultura. El deseo abstracto (puro gasto de energía libidinal-pulsional) y el trabajo abstracto (mero consumo de “nervios, músculos, cerebro”), refieren a momentos inmanentes de la unidad de la misma actividad de *producción genérica* (univocidad productiva y multiplicidad de los productores). Por esto mismo, el proceso inconsciente de producción genérica del metabolismo social, en tanto dinamizado por las *fuerzas de trabajo deseante y semióticas*, es condición del “nacimiento simultáneo, en un contexto determinado, del sujeto y del objeto, de la base y la superestructura, del ser y el pensamiento, de la praxis material e inmaterial” (Jappe, 2016: 180).

Superando el falso paralelismo, “el psicoanálisis rompe su relación con la economía política para devenir él mismo economía política” (Deleuze, 2005: 150). La producción social y la producción deseante, a lo cual habría que agregar la producción semiótica, son una y la misma producción: convergentes por el orden de determinación del modo de producción de ese *obrero ideal* llamado inconsciente capitalista. La modernidad, a la par que retroceden las formas de sujeción personal a favor de formas de dominación impersonal, produce una mutación contradictoria en el nexo social, según la cual el capital *pluraliza y multilateraliza* (diferencia) radicalmente las relaciones sociales a la vez que las *homogeneiza* (equivalencia) bajo la constricciones del

valor-que-se-valoriza. La comprensión dual de las abstracciones sociales es lo que bloquea toda tentativa de paralelismo, pero sin caer en un sistema cerrado y autosuficiente. No es preciso postular entonces una economía libidinal que vendría a prolongar la economía política por otros medios, en términos de “sublimación”, “interiorización de lo exterior” y “exteriorización de lo interior”. Las dualidades de la equivalencia y la diferencia, de lo objetivo y lo subjetivo, de lo material-corporal y lo ideal-psíquico, etc., se desvanecen desde el punto de vista de una crítica de la unidad productiva del metabolismo social inconsciente.

## 6. DESAMBIGUAR EL DESEO

La experiencia social se desarrolla merced a una abstracción concreta: la relación fortuita de los seres humanos con lo que hacemos. Deseo impersonal por un objeto = X. Deseo puro, abstracto. El dinero es su superficie. La mercancía, su secreto. Y esta indiferencia nos mata (Repossi, 2017: 94).

El desafío consiste en evitar una *concepción des-historizada del deseo* según la cual se trataría de una potencia vital liberadora o resistente *per se*; en palabras de Butler: “no tiene sentido recurrir a ese deseo originario y constituido como el opuesto emancipatorio de la represión” (1987: 304). Rechazamos, políticamente, cierto idealismo que tiende a reducir el deseo a la falta/carencia (en un fetichismo que transhistoriza la propiedad privada de los medios de producción social, deseante y semiótica). No obstante, entendemos que el deseo no es anterior a la ley del valor (pre-lacanismo); como tampoco se produce más allá o más acá del poder del capital (pre-foucaultismo). La producción deseante, en su historicidad, no remite entonces a ninguna de las siguientes cuestiones: a) la carente determinabilidad transhistórica de un sujeto antropologizado (principio de falta subjetiva); b) la determinación a-histórica relativa a una tensión naturalista tendiente hacia una cosa exterior (principio de privación empírica); y c) la ontologización meta-histórica de una categoría históricamente determinada (principio diferencialista y constructivista como esencialismo de la contingencia).

El deseo no es deseo *de* objeto, sino dinámica inconsciente de la producción. Fundamental, el deseo *no es el querer*; su economía se ubica siempre más acá de la voluntad de querer o no querer. La frase “Yo deseo”, o “nosotros deseamos”, es un absurdo pre-freudiano (metafísica subjetivista y voluntarista). No hay que confundir el deseo entonces con: a) la producción de irracionalismos subjetivos y/o colectivos; b) la producción de fantasías y/o identificaciones subjetivas; c) la interiorización de una “realidad objetiva exterior”; d) la exteriorización, expresión y/o sublimación de una “realidad psíquica interior”; y e) la producción de fantasmas subjetivos y/o colectivos. La producción deseante no podría responder a una *concepción idealista* organizada sobre: a) las catego-

rias antropológicas de la relación de un sujeto con un objeto, o de relación entre sujetos; b) las categorías psico-personalistas de la relación, signadas por la intención de un objeto exterior, o por los conflictos interiores de un sujeto. El deseo no se encuentra dinamizado en función de: a) la satisfacción bio-psíquica de una necesidad subjetiva; y b) las ganas de posesión de una alteridad objetiva; y c) la carencia estructural que subtiende la necesidad y la demanda. El deseo no es: a) *anhelo* de producción pre-consciente de grupo o colectivo; y b) *interés* de producción pre-consciente de clase. Por consiguiente, entendemos que: a) el deseo no es una energía psíquica des-historizada (concepción idealista de la historia deseante); b) el deseo no es una categoría antropológica (concepción humanista de la socialización deseante); c) el deseo no es una naturaleza espontánea (concepción sustancialista de la esencia deseante); d) el deseo no es una relación exterior y/o interior con un objeto pre-existente allende toda determinación social (concepción voluntarista del sujeto deseante); y e) el deseo no es una fuerza pre o anti sistémica capturada (por la ley del valor), la cual debería ser liberada para la reconciliación del “sujeto” y la “sociedad” consigo misma (concepción afirmativa de la totalidad deseante).

*El deseo no es reconocimiento*; tampoco interés de clase. Anhelo de reconocimiento, anhelo de representación, anhelo de inclusión, anhelo de resistencia, anhelo de redistribución, etc., todas formas de reconocer el deseo en tanto deseo de (auto) valorización. Ni “deseo del Otro” (simbolico), ni “deseo del otro” (imaginario), sino *deseo del Valor* (real). El deseo alude a la producción de lo *real capitalista* en sí mismo. En ese marco es que resulta objetivamente imposible, dada la universalización tendencialmente totalista de las categorías del capitalismo, postular la existencia de cualesquiera instancia (“ser”, “ente”, “nada”, “no ser”, “vacío”, “exceso”, “excedente”, etc.) que se presente en estado de excepción, extra-territorialidad y exterioridad respecto a la eficacia de lo inconsciente capitalista. Esto conduce asimismo a la imposibilidad de sortear en nuestras propias vidas la eficacia constitutiva del *valor que desea plus-valor*.

## 7. DESEO Y LEY DEL VALOR

Quien no quiere reconocer que la economía política es libidinal, reproducirá con otras palabras la misma fantasía de una región exterior en la cual el deseo estaría al abrigo de cualquier transcripción infiel como producción, trabajo y ley del valor. Fantasía de una región no alienada” (Lyotard, 1990: 123).

Si acaso es cierto que la Ley constituye al deseo, deberíamos decir que la ley dominante, en el capitalismo, no es sino la *ley del valor*. Tienen cierta razón Deleuze y Guattari cuando conciben la producción deseante como anterioridad respecto de la ley. Pero lo que obvian es que el capitalismo invierte y fetichiza el movimiento de la producción presen-



tando como productor (valor) aquello que en verdad es producto (del trabajo inconsciente del deseo). Como motivo de esa *inversión originaria* por la cual lo condicionado se pone como condición de lo condicionante, la forma-valor no se expresa como el *a posteriori* negativo del deseo, sino que opera efectivamente como *a priori* productivo. El valor es una ley de eficacia inconsciente. A partir de eso la “represión” es siempre secundaria respecto a las operaciones positivas del capital-inconsciente. La abstracción social capitalista no impide desear: hace desear.

La *forma inmanente del valor* configura la forma-deseo del capitalismo. La *alienación heteronómica* del deseo es constitutiva de la producción inconsciente. No hay estado puro del deseo. La alienación no es ni un sentimiento enrarecido, ni una idea de la mente, sino una *relación real*. La dinámica del valor es una relación social a la cual siempre-ya es preciso ajustarse, incluso para combatirla. Por otro lado, es claro que el deseo no tiene por objeto a personas, representaciones, o cosas. La producción deseante no se reduce a los objetos que ella misma produce, y sobre las cuales se conectan e interrumpen las *relaciones sociales de la libido y la pulsión*. El deseo se “representa en una cantidad abstracta que es indiferente a la naturaleza cualificada de los flujos” (Deleuze y Guattari, 2010: 295). He aquí el “deseo inmanente al sistema de vender la mercancía fuerza de trabajo” (Kurz, 2014: 51). El *deseo prácticamente abstracto* de la sociedad explotada y subsumida al capital se configura, en efecto, por la “forma social de la alienación inherente a la forma-valor” (Kurz, 2014: 45).

## 8. LIBIDO Y PULSIÓN

El valor es la forma que constituye la materialidad de la libido y la pulsión, puesto que el capital como relación social total conforma el límite del “metabolismo del inconsciente social” (Guattari). De modo que no es un poder exterior que viene a colonizar, capturar o controlar las energías libidinales y pulsionales. La libido y la pulsión, como relaciones materiales contables, resultan puestas a trabajar para la producción del deseo al interior de la dominación capitalista. Ante ello, entendemos necesario cesar en la denuncia operada desde el pretendido punto de vista de un deseo exterior al capitalismo, “acusándolo de frialdad libidinal o de monovalencia pulsional” (Lyotard, 1990: 157). En vez de postular una “afuera” desde el que fundar una crítica, son las crisis, conflictos y contradicciones tendenciales del capitalismo las que proporcionan un “adentro” en el cual dicha crítica se presenta como posible y necesaria. El capital configura históricamente “la libido [y la pulsión] en calidad de amonetable” (Lyotard, 1990: 89).

La enajenación de las potencias del trabajo vivo en el capital es co-extensiva al nacimiento histórico de las “energías” de producción inconsciente. Libido y pulsión son procesos maquínicos: producciones inconscientes empleados por la máquina abstracta capitalista. La producción inconsciente

es, ya siempre, histórica, social, sexual, política. Las energías materiales empiezan a producir, como relaciones que tiene cierta eficacia inconsciente, a partir del funcionamiento de ciertos tipos de máquinas diversas. Para ello se precisa un doble movimiento de introducir la producción social, semiótica y técnica en lo libidinal-pulsional, y la libido y la pulsión en la producción general. Primero está la máquina abstracta del capital, luego la energética. De modo que hay libido y pulsión porque hay capitalismo. Pues el campo social está inmediatamente recorrido por el deseo, de modo que “la libido no necesita ninguna mediación ni sublimación, ninguna operación psíquica, ninguna transformación, para cargar las fuerzas productivas y las relaciones de producción” (Deleuze y Guattari, 2010: 36).

Como dice Lacan, la libido actúa como una laminilla que recubre el cuerpo social; “la libido ya está en todas partes (...) abarca todo el campo social” (Deleuze, 1976: 11). Es aquella “superficie bidimensional” que emerge en el campo social como motivo de la enajenación histórica de la conciencia libre del productor de mercancías. En términos clásicos, la pulsión es una instancia liminal: entre lo somático y lo psíquico, la vida y la muerte, el yo y el otro, lo corporal y lo semiótico, etc. Pero antes que un empuje naturalista, es un montaje de relaciones móviles y máquinas heterogéneas, cuyo índice de tensión diferencial produce movimientos, repeticiones y situaciones dispares. Por lo que no es aquello que proviene del interior del organismo o del quimismo sexual como exigencia unilateral desde lo corporal hacia lo psíquico. Parafraseando a Lacan: *la pulsión es el eco en el cuerpo del hecho social de que hay capital*.

No ubicamos el problema de la libido y la pulsión en el marco de una energía hidráulica del tipo “termodinámica” que aludiría, en último término, a lo orgánico o a lo intra-somático (Freud). Con el término “energía” remitimos siempre a las materias y magnitudes de la economía política de lo inconsciente (Lacan y Marx). Los objetos parciales y artificiales no son otra cosa que unidades productivas. El carácter polimórfico y los destinos multivalentes de la pulsión no representan nada. Antes bien, constituyen unidades productivas de realidad social a la vez que producidas por esa misma realidad histórica. La libido y la pulsión son las unidades productivas elementales de lo inconsciente capitalista. Los componentes de la pulsión (fuente, dirección, meta y objeto) son términos artificiales que aluden a la insistencia con que la máquina-capital estructura los cuerpos afectados de inconsciente. Es así que el trabajo libidinal y pulsional constituye “soporte de relaciones y distribuidor de agentes; pero estos agentes no son personas, como tampoco estas relaciones son intersubjetivas. Son simples relaciones de producción, agentes de producción y de anti-producción” (Deleuze y Guattari, 2010: 51).

La inmanencia entre economía política y economía libidinal, sostiene Lyotard, expresa la “introducción de la contabilidad en las materias libidinales” (1990: 13). Por lo que

están configuradas y sometidas por la calculabilidad capitalista. Marx argumenta que la energía en “estado líquido” (flujo) deviene fuerza de trabajo productora de valor en tanto y cuanto se vuelve abstracta, se solidifica en tanto que “gelatina de trabajo abstracto”: la materia debe fijarse para crear valor (corte). Sólo en una sociedad donde el deseo deviene puro gasto indistinto de energía libidinal-pulsional (deseo a secas), la libido y la pulsión se revelan como “categorías infra-personales” (cifras informacionales, o constantes numéricas). Las cuales, por esto mismo, son constituidas como energías productivas por el efecto de una relación social de sujeción anónima que emplea toda la sociedad bajo las compulsiones de la acumulación. En consecuencias, señalamos que el trabajo inconsciente de la libido inviste directamente las categorías del capital, puesto que la producción deseante está en la producción social de valor, del mismo modo que el valor está fijado en la producción inconsciente de la libido.

## 9. TRABAJO INCONSCIENTE

La pregunta por la producción social del *trabajo de lo inconsciente* (Freud) es el reverso del interrogante por el *inconsciente del trabajo* (Marx). La producción del valor, en tanto *relación de relaciones*, sub-tiende a determinar las prácticas concretas por la mediación del trabajo y el deseo como relaciones básicas de producción. En el capitalismo no sólo la materialidad de los órganos del cuerpo es puesta a producir, conforme al “gasto productivo del cerebro, músculo, nervio, órgano sensorio, mano, etc.” (Marx), sino que también el deseo es puesto a trabajar para producir la deseabilidad inconsciente del valor. Hay identidad de naturaleza y diferencia de régimen, sostiene Deleuze y Guattari en *El Anti Edipo* (1972), entre la forma de organización del trabajo social (conciente y voluntario) realizado de manera privada y la forma de organización del deseo inconsciente realizado de manera abstractamente independiente.

Todo trabajo, en el capitalismo, comprende necesariamente dos facetas correlativas a la dualidad de las mercancías producidas (valor y valor de uso). Como *trabajo concreto* se produce un valor de uso con una cualidad diferencial y un contenido determinado que pretende satisfacer tal o cual necesidad (sea material o inmaterial, bien o servicio, agradable o desagradable, útil o inútil). En tanto *trabajo abstracto*, en principio, constituye un puro gasto de energía indiferenciada; consumo indistinto de “músculo, nervio y cerebro” que puede medirse de manera cuantitativa y equivalencial como duración de cantidad de tiempo socialmente necesario de trabajo abstracto materializado de manera privada e independiente. El trabajo abstracto, empero, no es una abstracción nominal o mental, ni una convención instituida en el intercambio: es la reducción efectiva del contenido de toda actividad a un simple gasto de energía corporal. Todo *proceso técnico-material* de trabajo concreto es también un *proceso social* de trabajo abstracto. En lo principal, con Postone entendemos

por trabajo abstracto la mediación objetiva que produce la síntesis integracional dominante en el capitalismo. El trabajo abstracto materializado de manera privada surge sólo en la modernidad como síntesis del nexo social, al presentarse en cuanto relación social entre agentes productivos independientes motivo por el cual se genera un múltiple intercambio y una igualación indistinta de los productos de las más variadas formas de trabajo concreto. En cuanto trabajo abstracto, no se produce ningún bien específico, o servicio determinado, sino la *forma social* del valor. Ahora bien, para precisar la relación entre trabajo, inconsciente y deseo, nos servimos de lo que dice Tomšič:

Para Freud los procesos inconscientes eran una forma específica de trabajo. Operaciones como la condensación o el desplazamiento no son simplemente automatismos; ellas demandan un agente que trabaje, el cual en este régimen conoce únicamente una forma: la fuerza de trabajo. Por lo tanto, hablar de trabajo inconsciente está lejos de ser inocente. Freud se refiere a la misma realidad económica y al mismo aparato conceptual que Marx. Es así que la importante intuición freudiana sería que el inconsciente no es un espacio de pensamiento neutral o trascendente: sus mecanismos y su forma correspondiente de goce depende de la misma estructura que el modo social de producción (Tomsic, 2019: 25).

Nuestra hipótesis es que la organización social no depende de las voluntades concientes, o de los anhelos de grupo o intereses de clase, sino del modo de organización histórica del *trabajo inconsciente* propiamente dicho. Sigmund Freud, en la *Interpretación de los sueños* (1900), deja asentado el vínculo categorial entre la “realización de deseo” y el mecanismo del “trabajo de lo inconsciente”. No es en casual entonces que Lacan haya descrito al inconsciente con la expresión “obrero ideal”. *Traumarbeit*, trabajo de sueño; *Witzarbeit*, trabajo del chiste.

El trabajo en el capitalismo es una *relación social bifacética*. La doble faz de la mercancía (valor de uso y valor) implica la *doble faz del trabajo*: *trabajo conciente-concreto* y *trabajo inconsciente-abstracto*, los cuales no son dos tipos de trabajo sino dos dimensiones necesarias del trabajo en condiciones capitalistas: a) *trabajo conciente*, que es el privado gasto concreto de una manera particular y orientada a un fin determinado. Cada productor independiente de mercancías gasta su cuota de trabajo social bajo una forma concreta determinada mediante la producción privada, cualitativa y diferencial de un trabajo individual conciente para producir el valor de uso del caso (cuya utilidad, o inutilidad se verifica de manera indirecta: *a posteriori* en el intercambio y consumo social); y b) *trabajo inconsciente*, que alude a la reducción efectiva de toda actividad a un puro gasto abstracto de energía sin importar en qué se gastó específicamente esa energía; producción indiferente de trabajo social inconsciente.

La transformación del trabajo concreto en abstracto no es un acto teórico orientado a calcular una unidad general de medida, sino un hecho social contradictorio: una *abstracción real*. Más aún: no atribuimos al trabajo la definición canónica de transformación de la naturaleza y apropiación del medio, como tampoco referimos sólo al gasto indistinto de la materialidad del cuerpo productivo, sino que entendemos el trabajo inconsciente como una *categoría organizadora y mediadora* fundamental del nexo social capitalista transversal a la producción y la reproducción. Más allá de la distinción entre trabajo productivo, trabajo improductivo o trabajo reproductivo, en su especificidad como forma social, la categoría de trabajo inconsciente (Freud) señala la imposibilidad tendencial de sortear la eficacia del trabajo abstracto (Marx).

## 10. DESEO ABSTRACTO Y CONCRETO

El deseo constituye la dinámica bifacética de las relaciones de producción genérica en su carácter inconsciente: a) *deseo abstracto del Valor* (determinación objetiva); y b) *deseo concreto de valorización* (determinación subjetiva). Este último se polariza de modo potencialmente conflictivo según el *antagonismo constitutivo* entre *posición proletaria, comunista y revolucionaria* de deseo inconsciente de valorización y *posición burguesa, capitalista y reaccionaria* de deseo inconsciente de valorización. Pero tanto uno como el otro se materializan como multiplicidad de deseos de auto-valorización (deseos concretos) conforme se invisten diferentes y hasta divergentes anhelos de objeto, cuyos contenidos complejos y expresiones móviles no son derivables de las premisas simples de la determinación general.

En términos lógicos, el deseo del Valor es la *forma simple y abstracta* de la alienación inconsciente al capital (producción), mientras que el deseo de auto-valorización comporta la *forma compleja y concreta* (reproducción). Esta doble naturaleza del deseo no da lugar a una coexistencia pacífica, sino a una contradicción potencialmente conflictiva. El deseo abstracto no es la mera adhesión empírica de deseos concretos, sino la lógica de articulación inmanente de los mismos. El trabajo implicado en la producción inconsciente de la forma capitalista del deseo, más allá de sus contenidos concretos, en su simpleza fortuita y fluida, comporta un proceso donde sólo importa la actividad de desear por desear: el producir por el producir en sí mismo. En términos dinámicos, el deseo abstracto, como puro gasto de energía libidinal-pulsional, lo entendemos como el proceso de producción inconsciente del metabolismo social moderno. En términos económicos, la materialidad abstracta del deseo es aquella dinámica que se configura como deseo simple y sin adjetivos: *deseo impersonal a secas*. El *deseo sans phrase*, se realiza materialmente en la sociedad. Puro gasto de energía libidinal-pulsional.

La reducción de todo gasto energético a *deseo sans phrase* constituye una categoría real del capitalismo. El deseo

parece ser concreto y personal a primera vista, una actividad tendiente hacia algo determinado. Pero es una abstracción impersonal que tiene en el "trabajo del inconsciente" sólo el término general para ello. El deseo simple, sin un contenido determinado, se halla restringido a cantidad abstracta de investidura libidinal. La autoreferencia del *valor-que-se-valoriza*, por la mediación recursiva del trabajo inconsciente que lo produce, conduce a una tendencial subordinación *bien real (imposible de sortear)* de lo particular bajo lo general, de lo concreto bajo lo abstracto, de la forma natural (valor de uso) bajo la forma social (valor), de la diferencia cualitativa bajo la equivalencia cuantitativa, de lo simbólico-imaginario signado por las categorías reales del capital. Allí el deseo impersonal se sustrae a las personas empíricas, deja de adherirse al individuo como una particularidad y/o propiedad suya. El desarrollo del *deseo capitalista*, con la disolución de todas las cualidades tradicionales que parecían indisolublemente ligadas a los "sujetos de deseo", tiende a desvincular las funciones y abstraerse de los cuerpos. La indiferencia respecto de todo deseo "particular" corresponde a una forma de la producción donde los agentes, fuerzas y unidades productivas pueden pasar de la producción de un deseo-a-otro, de un objeto-de-deseo hacia otro, sin importar la (re)presentación objetual o personológica de los mismos, sino para desear siempre más deseo.

La mercancía conforma un "jeroglífico social" que se torna deseable en la medida en que contiene trabajo inconsciente pasado investido en su producción y fijación. La indiferencia frente a toda clase de deseo, la liquidez múltiple de la libido en el capitalismo, supone un devenir social que se halla configurado por la generalidad abstracta del trabajo inconsciente. La indistinción frente a todo deseo corresponde a una "infra-física social" indiferente a la materialidad que la sostiene como tal; multilateral socialización libidinal en la cual los actores particulares tienen una *relación fortuita* con el deseo, una conexión tanto más versátil y fluida cuanto más indistinta es la vinculación con lo que se desea. Desear por desear, o desear tan sólo desear, pasando de un investimento objetual hacia otro, sin importar nada más que el trabajo inconsciente del desear en sí mismo. Sólo en esta sociedad, el valor puede convertirse en sujeto del deseo. "La indiferenciada vivida se convertirá en verdad" (Lyotard, 1990: 82).

Ahora bien, nosotros no decimos que el deseo cree el valor, al contrario: Marx demostró que el trabajo abstracto realizado de manera privada e independiente es la fuente generatriz del valor. Pero lo importante, en lo que atañe al tema aquí tratado, es que el trabajo, como el deseo, no son la esencia humana alienada y el resorte de la emancipación (ontología del trabajo como supuesto principio liberador opuesto al capital), sino una categoría específica de la dominación. El trabajo, y con ello la clase obrera también, es un *apéndice del capital*. El "marxismo tradicional" y las teorías del capitalismo cognitivo, del trabajo informativo, etc., extravían el problema fundamental de la crítica marxiana de la economía política

(la crítica de las categorías reales del capital) para centrarse en derivados tales como la extracción de plus-valor (dando por supuesto el valor), los reclamos de justicia redistributiva, la denuncia sobre los capitalistas (personificaciones), o la oposición en torno a los capitales internacionales y financieros (“malvados”) en favor de los capitales industriales y pequeños capitales nacionales (“buenos”). El problema no es el tamaño, o la procedencia de los capitales, sino el capital social global. Aquellas perspectivas tienden a proponer, en efecto, una resistencia al interior de las categorías capitalistas de relación social, y no una emancipación de tales categorías.

Al contrario de los postulados referidos al “fin del trabajo” o la “colonización del inconsciente”, señalamos que la universalización de la lógica de la mercancía conduce a una ampliación del sistema de la llamada “racionalidad instrumental del trabajo” (cálculo medio-fines) hasta “subsumir dimensiones subjetivas” del mundo de la vida (acción comunicativa, afectividad, reproducción, neuro-cognición, los sueños, la “energía psíquica”) objetivamente explotadas cada vez más en la producción social del valor. Por eso en lugar de postular una denominación colonialista del deseo por el valor, según la cual se ofrece una imagen del capital como “parasito exterior” o “vampirismo” que opera sobre un sustrato ya-dado, sostenemos la tesis crítica según la cual tanto el deseo, como las pasiones, el cuerpo, el lenguaje, o la información sin más, están configurados como atributos inmanentes al capital. Tales procesos multidimensionales conducen hacia un fin unidimensional: la producción de plus-valor.

La interdependencia universal de los productores sociales independientes, produce asimismo lo que llamamos *deseo social*. El trabajo inconsciente del deseo impersonal es aquel que dinamiza el proceso en el cual las necesidades, demandas y capacidades de los “individuos sociales” no podrían ser sino creadas y modificadas en el intercambio, en un proceso multilateral y general siempre renovado. El dinamismo social se constituye en la equívocidad de ese doble movimiento que produce el capitalismo: *heterogenización multivoca* y *generalización univoca*. El deseo, entonces, es social puesto que resulta radicalmente dependiente de la producción e intercambio global, lo cual conlleva a plurificar la complejidad de las posibilidades materiales, al mismo tiempo en que subtiende a acentuarse la interdependencia universal de los individuos independientes respecto de la producción y el consumo de mercancías.

## 11. A MODO DE CONCLUSIÓN

Se roza el absurdo cuando se habla en sentido positivo de auto-valorización (...). El problema reside propiamente en el devenir-valor de todo, en la total reducción del individuo a economía en un mundo en el que sólo lo que tiene un valor merece existir. La autovalorización no es, en definitiva, más que una completa auto-sumisión a los imperativos económicos (Anselm Jappe, 2013).

El problema del deseo es asimismo el problema de la eficacia inconsciente de la dominación impersonal por abstracción. No anhelamos liberar el deseo, buscamos concertar una crítica radical que habilite la politización práctica de la producción social del deseo capitalista; suprimir la organización límite de aquellas relaciones concretas que producen de manera abstracta el *trabajo en el deseo* y el *deseo en el trabajo del capital*. No decimos que el deseo naturalmente desee el valor, o que la vida en sí misma sea una potencia de valorización. Referirse en sentido positivo a la realidad de la “auto-valorización de las vidas” obvia el carácter radicalmente capitalista de la misma, denegando con ello el problema del devenir-valor de todo lo existente como mecanismo de servidumbre involuntaria a la abstracción social capitalista. En las condiciones tendenciales del capitalismo universalizado, el valor como categoría negativa se autonomiza como sujeto automatizado del deseo. El deseo inconsciente de (auto) valorización, por eso, es un problema fundamental de la crítica inmanente contra la servidumbre involuntaria a la abstracción social de las categorías del capital. El valor no es una entidad inherente a las cosas, no refiere a la actividad subjetiva de valorar los objetos como bienes útiles, o a la expresión comunitaria de valorizar ética o moralmente. Constituye la forma última de la dominación. Es por ello que, finalmente, anhelamos la construcción política de una especie de *corte categorial*. Pues nunca se trató de liberar el trabajo, sino de abolir el trabajo inconsciente que inviste y fija el valor como tal. Hay que criticar teóricamente en virtud de politizar prácticamente las relaciones sociales de organización del *trabajo del deseo inconsciente de auto-valorización* en la medida en que constituye la dinámica de producción y reproducción de la servidumbre involuntaria a la dominación impersonal capitalista.



## BIBLIOGRAFÍA

- Acha, O. (2018). *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo. Ensayos sobre la abstracción social*. Buenos Aires. Teseo.
- Butler, J. (2012). *Sujetos del deseo*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Deleuze, G. (2005). *Derrames entre capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires. Cactus.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (2010). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia I*. España. Paidós.
- Del Barco, O. (2018). *El otro Marx*. Córdoba. Milena de Cacerola.
- Foucault, M. (2008). *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Iñigo Carrera, J. (2007). *Conocer el capital hoy. Usar críticamente El Capital*. Buenos Aires. Imago Mundi.
- Jappe, A. (2013). "Trabajo abstracto o trabajo inmaterial", recuperado de: <https://marxismocritico.com/2016/10/03/trabajo-abstracto-o-trabajo-inmaterial/>
- Jappe, A. (2016). *Las aventuras de la mercancía*. España. Pepitas de calabaza.
- Jappe, A. (2019). *La sociedad autofaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*. España. Pepitas de Calabaza.
- Klossowski, P. (2011). *La moneda viviente (1971)*. Buenos Aires. Alción.
- Kurz, R. Ortlieb, C.P. Jappe, A. (2014). *El absurdo mercado de los hombres sin cualidades*. España. Pepitas de calabaza.
- Lacan, J. (1994). *El Seminario. Libro 4*. Buenos Aires. Paidós.
- Liotard, J. (1990). *Economía libidinal*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lordon, F. (2015). *Capitalismo, deseo y servidumbre*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Martín, F.N. (2014) *Marx de vuelta. Hacia una teoría crítica de la modernidad*. Buenos Aires. El colectivo.
- Marx, Karl (1972). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. Tomo 2. México: Siglo XXI.
- Postone, M. (2006). *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Madrid. Marcial Pons.
- Reposi, M. (2017). "La fábrica de las tinieblas (o los que nos mata es la indiferencia)", en *Revista Diferencias* n° 5. Buenos Aires.
- Scasserra, J. (2019). "Más allá de la Hipótesis Represiva", en *Crítica y Resistencias*. Revista de conflictos sociales latinoamericanos n° 8, 19-30
- Tomšič, S. (2019). "Risa y capitalismo", en *Teoría y Crítica de la Psicología* n° 13, 4-23.

## SOBRE LOS AUTORES

### Emiliano Exposto

Correo electrónico: emi\_07\_e@hotmail.com gaborodriguezvarela@gmail.com

Profesor de Enseñanza Media y Superior en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires. En la actualidad realiza un doctorado por la misma Universidad, radicado en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", becado por el CONICET. Su investigación doctoral versa sobre el vínculo entre marxismo y psicoanálisis. Es investigador UBACyT en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ejerce la docencia en la Cátedra "Construcción histórica de la subjetividad moderna" (ex Rozitchner) de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y en la Cátedra Abierta "Félix Guattari" de la Universidad de los Trabajadores (IMPA).

Gabriel Rodríguez Varela. Licenciado en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Ha participado como coordinador en diferentes seminarios y actividades centradas en el problema de la intersección entre marxismo y psicoanálisis. Es integrante la Cátedra Abierta Félix Guattari en la Universidad de los Trabajadores (IMPA), donde se desempeña como coordinador-docente del seminario "Problemas de marxismo y psicoanálisis".

